

'MISERIAS' TEXTUALES EN LA FAMILIA DE PASCUAL DUARTE

Ángel Díaz Arenas

Universidad de Salzburg/Universidad Fujen

MISERIAS TEXTUALES

La meta perseguida con este trabajo es la de mostrar que en la inmanencia de un relato de corte y hechura tradicionales (es decir, con exposición, nudo y desenlace), a pesar de su literariedad, pueden existir una serie de lagunas de diversa índole que dependen de diversos factores; a éstas las denomino, refiriéndome especialmente a *La familia de Pascual Duarte*, “*miserias*”, basándome en la segunda parte del título del libro de Honoré de Balzac, *Splendeurs et misères des courtisanes* (1838-1847). La presentación y demostración de estas *miserias* o incoherencias, forma, entonces, el aspecto más relevante de esta actividad, teniendo muy en cuenta cómo la crítica, en general o en particular, juzga esta obra: “*La familia de Pascual Duarte* es, sin duda, la novela más significativa de Camilo José Cela. Publicada en diciembre de 1942, significó el despertar de la novela española tras la guerra civil de 1936. Por ello y por su significación histórica se han hecho numerosas ediciones críticas y estudios” (Urrutia 1). Tomo la cita que precede casi por casualidad, sabiendo, a ciencia cierta, que corresponde, de una forma unánime, a mucho de lo que hasta la actualidad se ha escrito sobre la obra de la que trato. En resumidas cuentas la crítica opina que *La familia de Pascual Duarte* es una novela de excepcionales cualidades, sin que se haya mostrado un gran interés en señalar algunas deficiencias que pudieran existir en ella, y que, según mi opinión, se hallan realmente. Si no, leamos lo que el mismo Camilo José Cela —en lo sucesivo C. J. C.—, opina al respecto: “Cuando releo el Pascual Duarte [...] descubro ingenuidades en las que ahora no hubiera incurrido” (Vidal 15). Mi

criterio tiene como fundamento el deseo de contribuir a realizar una crítica que corresponda a una realidad literaria objetiva; olvidando completamente al autor, la situación política, o el contexto social, para sólo leer y analizar lo que está escrito en el texto, que es, en resumidas cuentas, lo que interesa.

Conviene tener en cuenta que *La familia de Pascual Duarte* se distingue y caracteriza por un “léxico [...] sobrio y seguro” (Solís 11) que se encuentra en armonía con la historia que transporta y expresa. Este discurso narrativo se halla en perfecta relación y concordancia con el tema tratado, y sobre todo con la personalidad del yonarrador Pascual (redactor de las memorias), quien escribe de su puño y letra: “Cuando dejé la escuela tenía doce años” (40). De esta manera ejercen una fuerte impresión en el lector-receptor el laconismo y sequedad de algunos pasajes en los cuales hace Pascual sus confesiones. Debido, principalmente, al encadenamiento y aglomeración de hechos trágicos y sangrientos; por motivo de la presentación fría, minuciosa y calculada de los mismos, fue etiquetada esta novela con el epíteto de “tremendista”. Esta clasificación, sin embargo, no se basa, de manera primordial en criterios de contenido, sino mucho más en rasgos de forma expresiva, característica que invita a resaltar la importancia de las relaciones de la *historia* y del *discurso*. Conviene recordar que hay relatos en los cuales la historia narrada representa el elemento más importante de los mismos; en éstos centra el lector su atención, sensibilidad y entusiasmo, en los hechos y acontecimientos que le vienen narrados. En este tipo de relatos representa el *discurso* un elemento secundario; podría decirse que es simplemente un instrumento o medio para expresar, plastificar, dar vida concreta a la *historia*. Sin embargo, las relaciones de la historia y del discurso están sujetas a diversos grados de fluctuación, siendo, en unos casos, la historia el elemento dominante mientras que en otros lo es el discurso. Al analizar, por ejemplo, la historia de algunos relatos, se constata que aquellos que son portadores y expresadores de una historia muy bien definida, caracterizada y trabada, también poseen (o deberían poseer) una estructura muy bien organizada; al unísono de ésta existe una cronología de fácil reorganización y análisis; para efectos de su síntesis viene empleado y utilizado el discurso, digamos como ‘ancilla historiae’. Al observar, entonces, la problemática de las relaciones (formas y funciones) del *discurso* y de la *historia* en los textos literarios, puede decirse que

suelen surgir dos problemas: hay relatos cuya cronología no es perfecta (*historia*); o hay relatos cuya cronología no viene expresada y presentada correctamente (*discurso*).

Particularidad que entorpece y dificulta, naturalmente, su recepción. Sobre este punto alego que en un texto, como *La familia de Pascual Duarte*, cuyo yo-narrador Pascual posee escasas bases culturales, podrían surgir los dos casos, a los que aludo más arriba. Sin embargo, hay que precisar que en este relato existe un ‘transcriptor’ que se responsabiliza de lo narrado como escribe en la página 17: “Encontradas, las páginas que a continuación transcribo, por mí y a mediados del año 39, en una farmacia de Almendralejo, [me] he ido entreteniendo, desde entonces acá, en ir las traduciendo y ordenando”. De manera que me permito sugerir que todas aquellas anomalías que podrían surgir en la inmanencia de este relato, sobre todo en lo que concierne al discurso, habrá que achacárselas al transcriptor; a causa de que es éste quien se ha ocupado de la “preparación” de las memorias e incluso de “la corrección de la errada ortografía”. Sin olvidar señalar tampoco que es él quien las ha dado a la imprenta, como puede leerse en la misma página 17: “Me parece que ha llegado la ocasión de dar a la imprenta las memorias de Pascual Duarte. Haberlas dado antes hubiera sido quizás un poco precipitado; no quise acelerarme en su preparación, porque todas las cosas quieren su tiempo, incluso la corrección de la errada ortografía de un manuscrito”.

Al leer este texto, observa el lector de que contiene algunas incoherencias textuales (lo que autoriza a hablar discretamente de *miseries*), las cuales, a pesar de su mínima importancia, no pasan inadvertidas al lector atento. Deseo abordar y tratar éstas como factores correspondientes al discurso, a pesar de saber perfectamente, que conciernen a ambos planos: historia y discurso. Ello ocurre así porque estas incoherencias se notan y observan en la cronología (historia), pero el simple cambio de un verbo o la permutación de los miembros de una frase o frases (discurso) podrían hacer desaparecer esas irregularidades cronológicas y de estructura. Lo que se debe a que la historia narrada en un relato es evidentemente un producto del discurso, lo mismo que las figuras de un cuadro son el resultado de la amalgama, más o menos acertada, de ciertos colores. Es decir, sin colores no obtendremos una pintura; de la misma manera, conviene reconocer que sin palabras tampoco se obtendrá un texto

literario; si partimos, naturalmente, de la premisa de que literatura es palabra escrita. Esta constatación sitúa al receptor ante el problema siguiente: toda imperfección que concierne a los elementos de la historia puede derivarse de un fallo estilístico y, como consecuencia, de una negligencia o error del órgano creador (véanse, por ejemplo, las numerosas irregularidades cronológicas existentes en las *Novelas ejemplares* de Cervantes) o bien en algunas novelas de Balzac. Así que diré, antes de presentar estas incoherencias textuales o *miserias*, que las imperfecciones o las incorrecciones que puedan hallarse en la inmanencia de un relato son fruto, consciente o inconsciente, de su creador (o bien de transcriptores, correctores, editores, traductores, etc., reales), es decir, de “la autoría del autor” (Díaz Arenas 65-70).

UNA CONVIVENCIA PROBLEMÁTICA

La primera incoherencia se encuentra en la página 29 (líneas 20-21 y 25-28: las líneas que indico de cada página las cuento a partir de la primera superior), en la que Pascual relata sobre sus padres lo siguiente: “Teníamos otras dos habitaciones [...] En una de las habitaciones dormíamos yo y mi mujer, y en la otra mis padres hasta que Dios, o quién sabe si el diablo, quiso llevárselos”. De la lectura de estas frases se deduce que Pascual y su mujer Lola vivieron juntos con los padres de éste. Pero a este respecto surge un problema de difícil explicación, ya que el lector sabe que su padre falleció al mismo tiempo que nacía Mario (año 1902), como se aprende en la página 54 (líneas 6 y 11): “El nacer del pobre Mario [fue] todo a coincidir con la muerte de mi padre”. Únicamente diez años más tarde (año 1912), y después de la muerte (61) y entierro de Mario (64-65), se casó Pascual con Lola, lo que ocurre en la página 81 (al principio del capítulo 8: líneas 1-5): “Al cabo de poco más de un mes, el 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, que aquel año cuadró en miércoles, y después de haber cumplido con todos los requisitos de la ley de la Iglesia, Lola y yo nos casamos”. He aquí donde radica la dificultad de comprensión para el lector, ya que éste se pregunta (o tendría que preguntarse) cómo pudieron vivir conjuntamente Pascual y Lola con los padres de éste, cuando sólo vivía la madre, porque el padre había fallecido diez años antes.

Además, conviene pensar, partiendo de la hipótesis de que Pascual naciera en 1882 y Lola en 1891, que ese matrimonio pudiera haberse consumado antes de 1902 (fecha de la muerte del padre); a causa de que él tenía 20 años y Lola, como máximo 11, lo que hace aparecer ese matrimonio y esa convivencia como algo muy relativo, por no decir imposible o fuera de toda normalidad. Recuérdese lo que el yo-narrador Pascual escribe en la página 65:

Lola era ya por entonces medio novia mía, y digo medio novia nada más porque, en realidad, aunque nos mirábamos con alguna inclinación, yo nunca me había atrevido a decirle ni una palabra de amores; me daba cierto miedo que me despreciase, y si bien ella se me ponía a tiro las más de las veces porque yo me decidiese, siempre podía más en mí la timidez que me hacía dar largas y más largas al asunto, que iba prolongándose ya más de lo debido. Yo debía de andar por los veintiocho o treinta años, y ella, que era algo más joven que mi hermana Rosario, por los veintiuno o veintidós...

Como puede observarse, 1912 menos 30 conduce directamente al año 1882.

UNOS CHIQUILLOS PROBLEMÁTICOS

Algunas líneas más adelante, de lo anteriormente citado, en la página 30 (líneas 4 y 5) leemos: “Y los chiquillos, cuando los tuve, también tiraban para allí (para la cocina) en cuanto se despegaban de la madre”. De la lectura de estas frases se deduce que Pascual tuvo hijos (más de uno) que ya podían correr hacia ese tiempo. En este punto surge, como en el ejemplo anterior, otro ‘lapsus’ que se antoja de difícil explicación. En el transcurso de la lectura de este relato, se llega a la conclusión de que Pascual tuvo, con su primera mujer (Lola), solamente un hijo (Pascual) que murió a la edad de 11 meses, como se lee en la página 106: “Pocos días duró. Cuando lo devolvimos a la tierra, once meses tenía; once meses de vida y de cuidados a los que algún mal aire traidor echó por el suelo”. Puede suponerse que tuvo asimismo hijos con su segunda esposa, Esperanza. Sin embargo, se casó con ella hacia el 10 de diciembre de 1921; dos meses más tarde (“Llevábamos ya dos meses casados”, 167) –des-

pués de asesinar a su madre. “Fue el 10 de febrero de 1922. Cuadró en viernes aquel año, el 10 de febrero” (172)– la abandonó para (muy probablemente) no volverla a ver nunca más. Al menos es esto lo que se deduce de la lectura de las siguientes frases de la misma página 172: “La besé, para tranquilizarla; fue el último beso que le di”. Horas más tarde asesina Pascual a su madre y huye del hogar, como se convive en la página 176: “La solté [a mi madre] y salí huyendo”.

A partir de ese momento inicia un periplo de huidas y cárceles (Chinchilla, etc.), que, según mi opinión, no le permitieron formar una familia idílica, como podría deducirse de lo escrito en la página 30. De lo citado, en dicha página, podría suponerse (suponiendo mucho) que Pascual tuvo más de un hijo, quizá mellizos; pero la afirmación de que los vio correr (“tirar para allí”), parece completamente imposible, lo que permite hablar de unos chicos problemáticos. Leamos lo que escribe sobre el tema el crítico literario J. A. Masoliver Ródenas, aunque se exprese alegóricamente y con ambigüedad y ampulosa paralelas a las del mismo Cela: “Esta infertilidad representa la desaparición de los Duarte de la faz de tierra (Cela habla al principio del libro de ‘los chiquillos cuando los tuve’, pero por parecido *lapsus calami* hemos absuelto a Cervantes)” (52).

IMPROPIEDAD ESTILÍSTICA

Un aspecto cronológico que, además de poner en tela de juicio la lógica de algunas acciones, representa un caso típico y característico de impropiedad estilística y, por lo tanto, discursiva, se encuentra en un párrafo de la página 89, líneas 14-23 [las letras cursivas (*a*), (*b*), (*c*) me pertenecen]:

Yo me (*a*) apeé [de la yegua] [...] requerido por mis compañeros de soltería y de labranza, y con ellos me fui [...] hasta la (*b*) taberna de Martinete el Gallo, adonde entramos en avalancha y cantando, y en donde el dueño me dio un abrazo contra su vientre, que a poco me marea entre las fuerzas que hizo y el olor a vino blanco que despedía. A Lola la (*c*) besé en la mejilla y la mandé para casa...

De la lectura de estas frases, que son un ejemplo vivo de narrativa dinámica, se deduce que las acciones que ellas expresan, vienen

realizadas en el orden siguiente: a) apearse de la yegua, b) entrada en la taberna y c) despedida de Lola. Sin embargo, si el lector se basa en la lógica más elemental, deduce que estas tres acciones deberían seguir el siguiente orden: a) despedida de Lola, b) apearse de la yegua y c) entrada en la taberna, ya que conviene tener en cuenta que Lola permaneció montada en la yegua, lo que se lee en la página 89 (líneas 24-25): “Y allá se marchó, jineta sobre la hermosa yegua”.

UNA FRASE INNECESARIA

Otro problema plantean al lector las líneas 11 y 12 de la página 76, porque éstas, en medio de un diálogo, no parecen tener sentido: “Cuando se me ocurrió marcharme era ya de noche cerrada”. Además que están en contradicción con el desarrollo normal de la acción, ya que en la página 78 (línea 3) se lee: “Me quedé y pasé la noche con ella”. En estas líneas se trata siempre de la misma escena: la primera frase se encuentra en medio y la segunda al final del mismo diálogo, pero con la diferencia de que la primera significa ‘irse tarde en la noche’, en el proceso cronológico atardecer → anochecer → oscurecer. Mientras la segunda, sin embargo, significa ‘quedarse a pasar la noche’, pero en el proceso temporal contrario: noche → amanecer. Naturalmente, una de estas frases es innecesaria, lo que no deja de extrañar al lector.

UN ELEMENTO INNECESARIO

Como ya he señalado y mostrado en los ejemplos precedentes, normalmente cada elemento de un relato de corte y hechura tradicionales —como lo es, sin duda, *La familia de Pascual Duarte*—, es decir, que contiene una *historia* con fuertes rasgos y características (personajes que en un lugar con el transcurrir de un tiempo cronológico y medible tienen vivencias de diversa índole), debería desempeñar una función. La relevancia de este aspecto reside en que un relato con una historia bien trabada, permite al lector una reconstrucción perfecta y casi matemática de la estructura formal de su acción, como opina Tzvetan Todorov: “Parece evidente que, en un rela-

to, la sucesión de las acciones no es arbitraria sino que obedece a una cierta lógica” (164). De modo que el lector atento puede observar y constatar la incoherencia más insignificante. Así que se observa, en relación a lo expuesto, lo que está escrito en las páginas 29 (líneas 23 y 25), “y la cuadra [...] de vacía y desamparada como la teníamos”, y 30 (línea 28) y 31 (líneas 1-2) respectivamente: “En la cuadra teníamos un burrillo matalón [...] teníamos también un par de guarros (con perdón) tres”.

En la página 83 (líneas 27-30) se lee además: “Después de haber hecho el honor a los huéspedes, [...] cogí a mi mujer, la senté a la grupa de la yegua, que enjaecé con los arreos del señor Vicente”. Al leer estos párrafos recibe el lector la impresión de que existe una contradicción entre “la vacía cuadra” y los animales: “burrillo matalón, guarros (tres) y yegua”. Sobre todo constata de que se encuentra, de repente, delante de una “yegua”, cuya procedencia ignora absolutamente. Lo que ocurre porque hasta el momento de su aparición nunca se la ha mencionado. Es evidente que la acción de estas memorias necesitaba, para provocar el accidente y muerte de Mario, unos guarros; ésta exigía también una yegua: 1) para hacer el viaje de luna de miel a Mérida, 2) para atropellar a la anciana en el puente de Mérida (y hacer aparecer a la guardia civil), 3) para causar el aborto de Lola y, finalmente, 4) para mostrar el comportamiento primitivo y cruel de Pascual que la acuchilla en la página 97.

Naturalmente, también el lector se da cuenta de que la posesión de una “hermosa yegua” (89) no corresponde, probablemente, al medio social de un Pascual Duarte, quien ha sido presentado como un ser de proveniencia dudosa, viviendo en un medio miserable y poseyendo una cultura muy escasa. Por ese motivo lee el lector, en la primera edición de esta novela –realizada en Madrid en la Editorial Aldecoa en diciembre de 1942–, lo siguiente: “Después de haber hecho el honor a los huéspedes, y en cuanto tuve ocasión para ello, cogí a mi mujer, la senté a la grupa de la yegua del señor Vicente, que para eso me la había prestado...” (C. J. C., «Al Pascual Duarte» 568). Frases que corresponden perfectamente a las redactadas en el manuscrito y texto original de la novela (línea 5 y sin sangrado que lleva el número de folio 64): “Después de haber hecho el honor a los huéspedes, y en cuanto tuve ocasión para ello, cogí a mi mujer, la senté a la grupa de la yegua del señor Vicente, que para eso me la había prestado” (C. J. C. *Edición facsimilar*). Pero estas frases, que

estaban en absoluta armonía con el medio ambiente del que proviene Pascual, se encontraban en completa contradicción con la continuación de las memorias, hecho que C. J. C. señala en la página 568 de «Al Pascual Duarte» de la manera siguiente:

Mi mujer, una de las personas que quizás hayan leído con mayor detenimiento mi novela, me hizo ver que no era lógico que Pascual Duarte llevara a Lola, en su viaje de novios, en la yegua del señor Vicente; y que esa misma yegua muriera días más tarde, apuñalada por Pascual, en la cuadra de la casa de éste y sin que el señor Vicente protestara ni dijera siquiera una palabra. Como pensé que mi mujer tenía razón, hice la breve corrección.

Como consecuencia de esta “breve corrección” (y tal como recibe el lector el relato actualmente) se tiene la impresión de que la yegua es propiedad de Pascual. Así que este lector se pregunta cómo es posible tener una “cuadra [...] vacía” (29) y al mismo tiempo poseer un “burrillo”, “tres guarros” y “una yegua”. Además que la posesión de esa “hermosa yegua” hace aparecer a Pascual como perteneciente a un nivel social más elevado (equivalente al del terrateniente o señorito), lo que se encuentra en completo desacuerdo con el medio en el que ha sido presentado. Este hecho destruye el equilibrio social que se había conseguido obtener en las primeras páginas de este texto:

PASCUAL = BURRILLO → vs ← SR. VICENTE = YEGUA

Además, que el lector se queda en presencia de un “burrillo mata-lón” (30) que no desempeña ninguna función, en la acción de este relato, por lo que lo considera como un elemento innecesario.

LA VIRGEN DE GUADALUPE

Acabo de precisar, respecto a la “yegua” y a “la cuadra vacía”, que existen en *La familia de Pascual Duarte* elementos que niegan el medio social en que ha sido presentado el yo-narrador Pascual (vividor de las memorias): rasgos picarescos, medio social miserable, etc. Pero éstos no son los únicos, ya que hay por lo menos *uno* que concierne a la fecha de la boda de éste con Lola. El motivo que conduce

a esa boda se encuentra aclarado en la página 73 (líneas 1-9), donde se lee:

Mis relaciones con Lola siguieron por los derroteros que a usted [don Joaquín Barrera López] no se le ocultarán, y al andar de los tiempos y aún no muy pasados los cinco meses del entierro del hermano muerto [Mario] me vi sorprendido –ya ve lo que son las cosas– con la noticia que menos debiera haberme sorprendido. Fue el día de San Carlos, en el mes de noviembre.² Yo había ido a casa de Lola, como todos los días desde meses atrás.

Es en este momento cuando Lola le dice en la página 74 (línea 13): “¡Estoy preñada!”. A consecuencia de lo expuesto se casan y la boda se celebra, como escribe el yo-narrador Pascual, en la cárcel durante la redacción de las memorias, en la página 81 (líneas 1-3): “Al cabo de poco más de un mes, el 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, que aquel año cuadró en miércoles”. Es de pensar que Pascual Duarte se refiere al miércoles, 12 de diciembre de 1917, día de la celebración de la Virgen de Guadalupe de dicho año, pero en México.

Lo expuesto expresa claramente que Pascual y Lola se casan el “día de la Virgen de Guadalupe”, pero curiosamente no el día de la Virgen de Guadalupe de Extremadura –patrona de dicha región que se celebra el 8 de septiembre (Sánchez 401)–, lugar donde transcurre toda la acción del relato, sino el 12 de diciembre que es el día de la patrona de México (véase «La Virgen de Guadalupe. Patrona de México»). Léase, para salir de toda duda, lo que está escrito en *Edición facsimilar del manuscrito* (línea 1 y sin sangrado del folio 62): “Al cabo de poco más de un mes, el doce de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, que aquel año cuadró en miércoles”. Lo que quiere decir que C. J. C. se basó (en el proceso de creación y producción de su texto) en fechas y festividades del santoral, pero en ningún caso teniendo en cuenta la regionalidad y nacionalidad de las mismas. En este caso Extremadura (España), 8 de septiembre, por una parte, y, por otra, México, 12 de diciembre (Hispanoamérica).

En estas líneas se observa otra de esas *miserias* extrañas que destruyen de modo notorio el ambiente que se ha querido reproducir

² Festividad que se celebra el 4 de noviembre. Lo que quiere decir que Mario ha sido enterrado (64-65) en el mes de mayo o bien junio de 1912.

y crear; porque es de pensar que un labrador, como viene presentado Pascual, hubiera elegido para casarse el día de la patrona de su tierra y no el día de la patrona de México. Debido a que éstas son costumbres de la gente apegada a su terruño y que nunca o raras veces han salido de él. Ya sabemos que Pascual se ausentó únicamente algún tiempo más tarde para permanecer dos años en Madrid y en La Coruña (133-134). Léase lo que el mismo Pascual (como yo-narrador) escribe en la página 100 sobre su tierra y costumbres: “Yo hubiera querido ponerle Eduardo [a mi hijo], por haber nacido en el día del santo y ser la costumbre de la tierra”.

UNA CONDENA A MUERTE INSÓLITA

En la «Otra Nota del Transcriptor» puede leerse en la página 178 (líneas 5-16):

Por un cálculo, no muy difícil, lo que parece evidente es que volviera de nuevo al penal de Chinchilla (de sus mismas palabras se infiere) donde debió estar hasta el año 35 o quién sabe si hasta el 36. Desde luego, parece descartado que salió de presidio antes de empezar la guerra. Sobre lo que no hay manera humana de averiguar nada es sobre su actuación durante los quince días de revolución que pasaron sobre su pueblo; si hacemos excepción del asesinato del señor González de la Riva –del que nuestro personaje fue autor convicto y confeso.

Según estas frases Pascual Duarte salió del “penal de Chinchilla”, en el que estuvo detenido por el asesinato de su madre, –el viernes, 10 de febrero de 1922–, poco antes del comienzo de la Guerra Civil española. Es decir, 1935 o bien 1936. De este escrito también se deduce que Pascual Duarte, al comienzo de la contienda, asesinó a don Jesús González de la Riva, lo que le condujo nuevamente a la cárcel y a ser ajusticiado. Extraño es que alguien ‘viene considerado’ un asesino –digo ‘viene considerado, porque no se sabe a ciencia cierta si él le mató o bien le remató para evitarle sufrimientos, rasgo que podría sugerir la ‘dedicatoria’ de Pascual Duarte (23): “A la memoria del insigne patricio don Jesús González de la Riva, Conde de Torremejía, quien al irlo a rematar el autor de este escrito, le llamó Pascualillo y sonreía. P.D.”. Repito e insisto que me parece

extraño que alguien que ‘viene considerado’ un asesino durante un acontecimiento bélico, como fue la Guerra Civil, y además, guerra ideológica, sea encarcelado, juzgado y ajusticiado como en tiempos de paz. La conducta normal en este tipo de vivencias es un proceso sumario (si hay proceso) y el fusilamiento inmediato del asesino.

Téngase en cuenta que en este relato Pascual no hace ni una sola mención a la guerra que, durante su (hipotético) encarcelamiento, ardía en España. Acontecimiento bélico que comenzó el sábado, 18 de julio de 1936, en Madrid y que desde su inicio fue enormemente sangriento, vengativo y asesino. Sin embargo, en este período Pascual Duarte redactaba tranquilamente sus memorias en la cárcel de Badajoz. Es evidente, en primer lugar, que cualquier tipo de reflexión sobre este acontecimiento hubiera dificultado la edición de *La familia de Pascual Duarte* y, en segundo lugar, que el haber ajusticiado a Pascual, a renglón seguido de haber cometido su crimen, hubiera impedido la redacción de sus memorias y, entonces, no habría relato. Lo que justifica el silencio de dicho acontecimiento en las mismas.

Presento algunas frases que muestran ese devenir de la Guerra Civil en Extremadura, Badajoz, Mérida, Almendralejo, etc., y su toma por las fuerzas franquistas. Acontecimiento bélico que ocurrió hacia el viernes, 14 de agosto de 1936, y que, debido a su trasfondo histórico y humano, merece detenerse en su exposición y análisis. Toma de Badajoz, cuya conquista y represión duró bastante más de un día, e incluso se prolongó algunas pocas semanas, a saber, aproximadamente entre el sábado 18 de julio y el 14 (viernes) → 20 (jueves) de agosto de 1936. Acontecimiento sobre el que escribe el historiador inglés H. Thomas: “Esta conquista cortó definitivamente la comunicación del gobierno republicano con la frontera portuguesa. El 20 de agosto, Yagüe inició un nuevo avance, volviéndose hacia el este, hacia Madrid. Tella avanzó por Trujillo hasta Naval Moral de la Mata, que ocupó el 23 de agosto” (249). No olvidemos que la meta perseguida por Francisco Franco Bahamonde y sus militares era la de aniquilar completa e incondicionalmente el ejército republicano legal; estrategia que justificaba el no concederle ninguna huida, negociación, tregua, ni tampoco rendición. Aspecto siniestro y trágico sobre el que conviene añadir lo que otro historiador inglés, P. Preston, escribe, de un modo algo lacónico: “Tras la captura de Almendralejo, fueron fusilados mil prisioneros, incluidas cien muje-

res. Mérida cayó el 10 de agosto [...] El terror que rodeaba el avance de los moros y los legionarios fue una de las mejores armas de los nacionales en su camino hacia Madrid. Después de que las columnas africanas tomaran cada pueblo o ciudad, dejarían tras de sí una matanza de prisioneros y mujeres violadas” (187-220).

Afirmación a la que conviene adjuntar lo que opina H. Thomas, quien refiere a su vez:

Después se encontraban los cadáveres producto de las atrocidades revolucionarias³ y, en represalia, se perseguía y fusilaba a los dirigentes de partidos de izquierdas que quedaban en el pueblo. Todo el que llevara un arma o tuviera en su hombro la señal de la culata de un fusil se exponía a que lo fusilaran. No se hacían prisioneros. La brutalidad de la legión y los marroquíes fue inesperada. Los ‘moros’ siempre habían sido los malos en los cuentos españoles: ahora se convirtieron en un foco de terror para todo el sur de España. La prensa portuguesa informó de que habían matado a 1.000 personas incluso en una población tan pequeña como Almendralejo. (246)

Pero sobre todo no conviene olvidar señalar la metáfora implícita que representa el título *La familia de Pascual Duarte* (ya que ésta no es solamente una familia, sino una perífrasis que concierne a toda la sociedad española) y particularmente a ese sospechoso de crimen que es asesinado, Pascual Duarte, y el asesinato masivo del que fue autor ‘convicto y confeso’ el coronel Juan Yagüe Blanco (1892-1952) en la plaza de toros de Badajoz. Asesinato que viene relatado de la manera siguiente por la voz (ficticia) del general Franco en la reconstrucción de M. Vázquez Montalbán:

Yagüe efectuó una espectacular conquista de Badajoz, pero la escasez de efectivos le obligó a una acción represiva espectacular que fue uno de los pesos de desprestigio que tuvimos que llevar durante toda la guerra. Temeroso de que por disponer de escasos centinelas, los más de dos mil prisioneros rojos se convirtieran en un peligro futuro, Yagüe los concentró en la plaza de toros de Badajoz y ordenó ametrallarlos. Sin duda se merecían el fusilamiento, porque todos ellos eran rojos probados,

³ Es evidente que H. Thomas yerra en la clasificación, ya que los ‘revolucionarios’ no eran los republicanos, sino los franquistas.

pero el procedimiento de exterminio fue demasiado tajante y el propio Yagüe reconoció a un corresponsal extranjero, que fue una orden dictada desde su propia debilidad operativa, explicación técnica que cualquier militar comprendería. Fue en cambio un infundio la noticia circulante de que algunos prisioneros habían sido ‘toreados’ y ‘banderillados’ y puede testimoniar sobre este extremo el público que asistió a la ejecución, compuesto mayoritariamente por los badajocenses recién liberados por nuestras tropas y que en justa correspondencia al miedo que habían pasado, presenciaban el ajusticiamiento de sus verdugos. La cantidad de rojos apresados y la simultaneidad del ajusticiamiento hizo que de la plaza de toros cerrada salieran regueros de sangre inmediatamente utilizados por la propaganda enemiga para ensangrentarnos. (275-76)

La ironía y humor negro que emanan de este párrafo hacen huero y superfluo todo comentario y crítica. Este texto habla por sí solo: los buenos y los malos, los caínes y los abeles.

Sobre esta matanza de Badajoz puede añadirse lo que el coronel Yagüe declara, con palabras no exentas de sorna, al periodista norteamericano John T. Whitaker (éste es el “corresponsal extranjero” de Montalbán): “Claro que los fusilamos. ¿Qué esperaba? ¿Suponía que iba a llevar cuatro mil rojos conmigo mientras mi columna avanzaba contra reloj? ¿Suponía que iba a dejarlos sueltos a mi espalda y dejar que volvieran a edificar una Badajoz roja?” (104-06).

Hechos históricos los presentados que hablan por sí solos y que ponen en duda una detención regular, un proceso justo y una condena a muerte de Pascual Duarte en el garrote. El momento histórico evidentemente no era el idóneo ni tampoco el adecuado. Insisto, en el mes de agosto (hacia el 20) sólo hubiera podido ser asesinado, pero nunca detenido, juzgado regularmente, sentenciado y ajusticiado.

CONCLUSIONES

Sería posible alegar, contra la presentación de estos detalles que, en el fondo, no cambian tanto el desarrollo de la trama de este relato y particularmente de su mensaje, aunque sí lo matizan, que es absurdo perder el tiempo con ellos. Sin embargo, conviene repetirse nuevamente, que no se trata únicamente de mostrar las posibles debilida-

des (*miserias*) que yacen en la base de su sintaxis, sino de hacer más transparentes las relaciones de su *historia* y de su *discurso*.

Al obrar así, deseo hacer hincapié, alegar, que cuanto más firme, sólida y trabada es la estructura de una historia, ésta exige más minucia y atención, por parte del creador, en el proceso de su realización. Debido –a que si no obra así– el lector atento se dará cuenta del fallo más insignificante. Sobre este aspecto (para ofrecer un ejemplo comparativo) me refiero a la pintura: en un cuadro surrealista o cubista de Pablo Picasso no creo que a nadie pueda parecerle insólito que, en un retrato de perfil, se vean los dos ojos y las dos orejas, a pesar de saber que en la realidad no ocurre de este modo; véase una fotografía normal y corriente. Margen de ambigüedad que también poseen las obras de C. J. C. sobre todo a partir de la aparición en 1973 de *Oficio de tinieblas 5* y las sucesivas cinco seudonovelas: *Mazurca para dos muertos* (1983), *Cristo versus Arizona* (1988), *El asesinato del perdedor* (1994), *La cruz de San Andrés* (1994) y *Madera de boj* (1999).

Sin embargo, este mismo fenómeno parecerá mucho más extraordinario e insólito en un cuadro de corte y hechura tradicionales, como lo son los de Sandro Botticelli o Diego Velázquez; en éstos cada rasgo y trazo está en el lugar que le corresponde, sin apartarse de la realidad que pretenden mimetizar. Por lo que acabo de indicar, me parece muy significativo el ejemplo del *Pascual*, del Premio Nobel de Literatura de 1989. En estas anomalías se observa, con claridad y en unas cuantas frases, que las secuencias estilísticas y discursivas expresan una serie de imágenes; éstas, sin embargo, están en contradicción con la lógica más elemental de su contexto. Lo que ocurre de esta manera porque en este relato no se trata de una obra surrealista (vanguardista), sino de una muy tradicional, en la que cada rasgo tendría que estar en el lugar que le corresponde y seguir un orden lógico, tal y como sugiere el mismo C. J. C.: “En La familia de Pascual Duarte quise ir al toro por los cuernos y, ni corto ni perezoso, empecé a sumar acción sobre la acción y sangre sobre la sangre y aquello quedó como un petardo” («Algunas palabras al que leyere» 10).

En los ejemplos expuestos se observa, con cierta claridad, que el creador de un relato literario no puede permitirse el lujo de presentar historias de acción, olvidando la estructura de las secuencias que la componen: a causa de que éstas reflejan la *historia* que las contiene y que ellas mismas forman y vitalizan. Éstas son las *miserias*

de *La familia de Pascual Duarte*, relato en el que predominan, empero, las virtudes. Tal vez sea ésa la razón que evidencia y hace más transparentes dichas miserias.

OBRAS CITADAS

- CELA, Camilo José. «Algunas palabras al que leyere». En *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, Barcelona: Ediciones Destino, 1953. 9-15.
- . «Al Pascual Duarte. Andanzas europeas y americanas de Pascual Duarte y su familia». En *Obra Completa*, Tomo 1. Barcelona: Ediciones Destino, 1962. 550-576.
- . *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Ediciones Destino, 1969.
- . *Edición facsimilar del manuscrito de La familia de Pascual Duarte y recuento de ediciones*. Iria Flavia: Fundación Camilo José Cela, 2002.
- DÍAZ ARENAS, Ángel. *Introducción y metodología de la instancia del autor/lector y del autor/lector abstracto-implícito*. Kassel/Barcelona: Edition Reichenberger, 1986.
- MASOLIVER RÓDENAS, Juan Antonio. «Las dos lecturas de *La familia de Pascual Duarte*». *Ínsula* 518-519 (1990): 51-52.
- PRESTON, Paul. «La forja de un Generalísimo, julio-agosto 1936». En *Franco «Caudillo de España»*. Versión castellana de Teresa Camprodón y Diana Falcón. Barcelona: Ediciones Grijalbo, 1994. 187-220.
- SÁNCHEZ, María Ángeles. «Guadalupe». En *Fiestas Populares. España Día a Día*. Madrid: Maeva Ediciones, 1998.
- SUÁREZ SOLÍS, Sara. *El léxico de Camilo José Cela*. Madrid: Ediciones Alfaguara, 1969.
- THOMAS, Hugh. «El avance del ejército de África, Badajoz y El valle del Tajo». En *La guerra civil española. Alzamiento y Revolución*. Libro II. Madrid: Ediciones Urbión, 1979. 243-249.
- TODOROV, Tzvetan. «Las categorías del relato literario». *Análisis Estructural del Relato. Serie Comunicaciones* [Buenos Aires/Editorial Tiempo Contemporáneo] 8 (1970): 155-192.
- URRUTIA, Jorge. «Violencia y Tremendismo en *Pascual Duarte*. Nueva edición crítica de la novela de Cela». *Hoja Informativa*

de Literatura y Filología. Fundación Juan March 50 (1977): 1-3.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel. *Autobiografía del general Franco*. Barcelona: Editorial Planeta, 1992.

VIDAL, Joaquín. «El Nobel imperturbable». *El País* 22-X-1989: 15.

«La Virgen de Guadalupe. Patrona de México y Emperatriz de las Américas. Fiesta: 12 de diciembre». <http://www.corazones.org/maria/america/méxico_guadalupe.htm>

WHITAKER, John T. «Prelude to World War: A Witness from Spain». *Foreign Affairs* 21.1 (1942):104-106.